

*Sección Bibliográfica*

Javier García-Valiño Abós, *La génesis del concepto de voluntad en Occidente. Un estudio desde las fuentes griegas y cristianas de Tomás de Aquino*. Pamplona, Eunsa, 2019, 258 pp.

El autor (jgarciaaval@gmail.com) es doctor en Filosofía y profesor de Filosofía en un instituto de enseñanza secundaria de la Región de Murcia.

La obra es una investigación sobre los orígenes y la historia del problema de la voluntad humana, relativamente “marginal” –o acaso “marginado”– en la tradición filosófica occidental. Se contempla la voluntad como una de las dos potencias superiores del alma humana, estrechamente entrelazada con el entendimiento o la inteligencia, aunque también se trata, secundariamente, de la voluntad como acto u operación de dicha potencia; y, al hilo de la voluntad, se abordan los problemas relativos a la libertad y el amor.

Adoptando una perspectiva histórica –y también, dentro de cada autor o corriente, sistemática–, el prof. García-Valiño estudia las principales fuentes del Aquinate sobre la voluntad: sus fuentes griegas (Platón, Aristóteles, los estoicos y Alejandro de Afrodisia), patrísticas (Agustín de Hipona, Máximo el confesor y Juan Damasceno) y escolásticas (los maestros de los ss. XII y XIII), mostrando el diálogo del Aquinate con esos autores y la originalidad de su propia síntesis crítica.

A medida que avanzaba en la lectura, me iba sintiendo cada vez más poseído por una certeza que ya dejó plasmada –negro sobre blanco– André de Muralt en su obra *La estructura de la filosofía política moderna*, cuyo subtítulo original ha sido injustamente hurtado de la portada en la edición española: Sus orígenes medievales en Escoto, Ockham y Suárez. En ella, el filósofo suizo afirma que la filosofía occidental contemporánea tiene un origen que es teológico y, por tanto, medieval; y que es en los aparentemente anodinos debates de la baja escolástica sobre la esencia de Dios, sobre las relaciones entre la voluntad y el intelecto divinos o sobre misterios de la fe como la transustanciación, donde hay que buscar las raíces de la duda metódica cartesiana o del sujeto trascendental kantiano. Estos ecos de Muralt

tomaron cuerpo ante mí con nitidez cuando me encontré con la mirada prospectiva que el autor, ya en la «Introducción», dirige al problema de la voluntad, al mostrar el itinerario histórico de este concepto filosófico desde los griegos hasta el s. XX.

Ciertamente, este estudio contribuye a una necesaria rehabilitación de la continuidad de pensamiento entre la Edad Media y la Modernidad, obviada con frecuencia, y gracias a la cual adquieren sentido muchos de los debates filosóficos de los siglos posteriores al XV, hasta llegar a la actualidad; porque, frente al “voluntarismo” de Descartes —que tiene su origen en el voluntarismo bajo-medieval—, Spinoza y Hegel identifican entendimiento y voluntad, mientras que Kant hace corresponder esta última con la razón práctica.

El voluntarismo vuelve a cobrar fuerza con Schopenhauer y su inconsciente y ciega “voluntad de vivir”, y alcanza su cenit en Nietzsche, quien otorga carácter absoluto a la “voluntad de poder”. El autor, de un modo original, estimulante y esperanzador, concluye este recorrido histórico-filosófico con un golpe de timón que corrige el rumbo de la búsqueda emprendida hace veinticuatro siglos por la voluntad humana —y que ha navegado últimamente a la deriva—: apuesta decididamente por lo que Frankl denomina “voluntad de sentido” (*Wille zum Sinn, will to meaning*).

Al comienzo del cap. I, dedicado al problema de la voluntad en la filosofía antigua, hay un estudio filológico del campo semántico del deseo, el querer y el amor en la lengua griega.

La doctrina —netamente “intelectualista”— de Platón sobre el alma humana y el *éros* no contempla una instancia volitiva en el alma. Contrasta con ella la valiosa aportación de Aristóteles, que “prefigura” la voluntad en la filosofía occidental. La teoría aristotélica se analiza con detalle a través de los textos; sobre todo, los conceptos de *órexis* (deseo), *boúlesis* (deseo racional) y *proáiresis* (elección deliberada). Aristóteles aparece como el “precursor de la voluntad” en la filosofía griega.

Siguiendo el itinerario histórico trazado por el autor, fueron los filósofos estoicos, con los conceptos de *syn-katáthesis* (asentimiento) y *proáiresis*

(elección o decisión deliberada) —éste último, clave en Aristóteles—, los que dieron el siguiente paso en el desarrollo del concepto de voluntad. Ellos trataban de compatibilizar el determinismo causal, en el que todavía creían, y la responsabilidad moral o un cierto ámbito de “libertad interior”, que empezaba a abrirse paso.

Cicerón y otros estoicos romanos transmitieron al Imperio este nuevo enfoque de la voluntad, llegando así a los Padres de la Iglesia y, de un modo muy especial, al más ilustre de los Padres latino-occidentales: Agustín de Hipona. Éste merece, en opinión de H. Arendt, el honor de ser considerado “el primer filósofo de la voluntad”. Él contempla la *voluntas* como una de las tres potencias del alma humana. «La voluntad [como acto u operación] es un movimiento del espíritu, en ausencia de coacción, para no perder algo o para conseguirlo». A partir de la *Carta a los romanos* de san Pablo («No hago el bien que quiero, sino el mal que aborrezco»), Agustín reflexiona profundamente sobre la división o dicotomía interna de la voluntad humana: lo que H. Frankfurt denomina “ambivalencia volitiva”.

La conclusión de Agustín es que el amor —que radica en la voluntad— es la única fuerza capaz de restaurar y unificar la voluntad, resolviendo el conflicto o división que se da en su interior. Esta visión de la voluntad y el amor ha influido notablemente en numerosos pensadores a lo largo de los siglos, desde Tomás de Aquino hasta autores contemporáneos tan diversos como H. Frankfurt y D. von Hildebrand.

En la última etapa de la patrística greco-oriental, Máximo el confesor y Juan Damasceno constituyen un hito decisivo en el itinerario histórico de la voluntad. Se examina el contexto histórico-cultural y teológico (cristológico) de la obra del Damasceno: la controversia anti-monotelita. (Los monotelitas afirmaban que en Jesucristo hay una sola voluntad: la divina).

Ambos Padres son quienes descubren la dualidad de la voluntad, al distinguir, por un lado, la *thésis* y la *boúlesis*; y, por otro, *thélema physikón* y *thélema gnomikón*. Se trata de dos dimensiones o momentos de la voluntad humana: una voluntad “natural”, inclinada al bien y al fin último del hombre, y una voluntad “afectiva”, deliberativa y electiva.

Esta doctrina patristica es recibida y está presente en los maestros de la escolástica latina occidental –desde Pedro Lombardo hasta Alberto Magno–, y es reinterpretada de un modo original por Tomás de Aquino. Él también contempla esa dualidad de la voluntad humana al abordar un problema cristológico clásico: las dos voluntades –la divina y la humana– de Jesucristo. Distingue dos momentos o facetas de la voluntad como acto: a) *voluntas ut natura*: la voluntad “nativa”, que tiende necesariamente hacia el *bonum in communi* y la felicidad; y b) *voluntas ut ratio*: la voluntad deliberativa y electiva, “racional”, raíz de la libertad o libre albedrío; es decir, la que se inclina libremente hacia bienes diversos o incluso opuestos. Así contempla Tomás la articulación de la naturaleza y la libertad en el querer humano.

El libro muestra también que, en la tradición occidental, la solución al problema de la relación entre el entendimiento y la voluntad ha conocido a lo largo de los siglos una oscilación entre un “intelectualismo” inicial y un “voluntarismo” tardomedieval que prepara el tránsito a la Modernidad. Ambas posiciones, equivocadas por extremas, pasan por alto o no enfocan de un modo adecuado la única instancia antropológica capaz de jugar el papel de solución integradora: el amor. Agustín declara que sólo el amor unifica y perfecciona la voluntad; y Tomás, tratando de las virtudes teologales, entiende que «la fe es perfección del entendimiento, [...] mas la caridad es perfección de la voluntad».

En las «Conclusiones finales», la “vocación al amor” propia de toda persona humana aparece como un elemento esencial de la propuesta del autor; es una reflexión iluminadora, al añadir una tercera dimensión a este problema que parecía limitarse a las dos que conforman el plano: voluntad y libertad. Si se me permite la analogía geométrica, el amor podría equipararse al desplazamiento vertical en virtud del cual un movimiento circular y cerrado —el que representa esa co-implicación recíproca entre voluntad y libertad, a la luz de la antropología de Agustín y de Tomás— se convierte en una hélice tridimensional, que asciende de modo indefinido, otorgando así una solución y orientación metafísica a un problema cuya solución intramundana nunca será satisfactoria para un ser como el *homo viator*, que vive

Sección Bibliográfica

en constante peregrinación, en busca del sentido último de todas las cosas y de su propia existencia.



Antonio Jesús Molina Burgos  
nonomat4@hotmail.com

\* \* \*

Byung-Chul Han, *Loa a la Tierra. Un viaje al jardín*. Traducción de Alberto Ciria. Barcelona, Herder Editorial, 2019, 180 páginas.

La reciente obra de Byung-Chul Han, *Loa a la Tierra, un viaje al jardín*, nos muestra una parte del autor que no manifestaba tan abiertamente pero sí que mostraba atisbos o dejaba entrever en sus obras anteriores, tales como *La sociedad de la transparencia*, *En el enjambre*, *La salvación de lo bello*, *Sobre el poder*, *La sociedad del cansancio...* entre otras. En ellas realizaba un análisis exhaustivo de la sociedad actual y de aquello a lo que podría deparar si sigue el mismo curso. Sin embargo, en *Loa a la Tierra*, es su interior, su intimidad, la que ha volcado personalmente, donde muestra cómo ha sabido paliar o contrarrestar ese profundo sentimiento de desapego hacia la era que hoy vivimos. Nos explica de manera más cercana de la que nos tiene acostumbrados, más íntimamente, su dedicación espiritual hacia el jardín, el cual le alivia adormeciendo su parte crítica hacia la sociedad, el desagrado que le ha producido, potenciando de esta manera su parte espiritual, de cuidado y dedicación hacia sus flores que, aunque sea de manera particular, son pensadas hacia un común, la Naturaleza. Con su jardín aplaca su aversión hacia la nueva forma sin espiritualidad de «vivir».

El autor propone una vuelta a la Naturaleza, a sentirla y respetarla, a abandonar la esfera enfermiza que hemos creado y en la que nos hemos implantado y abanderado con orgullo creando un sentimiento de supremacía humana. Donde el ser humano se ha desnaturalizado él mismo, donde ha comenzado ese proceso en el que la naturaleza de la que parte ha sido madre